

STRONATO: DEL TRAUMA AL BIOTERRORISMO DE ESTADO

ROCCO CARBONE, UNGS/CONICET

Sin memoria no hay identidad, sin identidad no hay patria y sin patria, hay colonia.

Nieto recuperado¹

DESEO MEMORIA

1844: Francisco Solano López lee los manuscritos de un tal Karl Marx. En ese mismo año, el mariscal, su amante irlandesa –madame Lynch– y el tal Karl Marx se encuentran en Londres, en diciembre. Frío, entonces: comparten una cena en la que comen sopa de gallina y en algún momento de ese viejo ritual, Marx la mira a Elizabeth y le dice: usted, que tendrá hijos paraguayos, debe saberlo: el futuro de América Latina será socialista. Evidentemente, Marx se refería a este siglo XXI y a los gobiernos que estamos vivenciando desde el Orinoco hasta el Plata, sin olvidarse ni del río Coco, ni de ese gran mar Caribe que baña un par de islas que supieron ser brillantes; digo, para decirlo en términos hidrográficos. López, que era medio sansimoniano, se irrita frente a ese desplante de Marx y éste, palmeándolo, le dice: -No se me preocupe, mariscal. Después de todo, ¿qué puede ser peor que Stroessner?

Esta anécdota, que me hubiera encantado escribir, pertenece a la única novela de Juan Manuel Marcos: *El invierno de Gunter* (1987). Texto que entrama un clima enrarecido. Y no porque narre el horror del stonato, sino por cómo lo narra: porque no se concentra en la narración del horror, sino que la difumina, casi la disimula en el medio de una historia de amor, básicamente entre dos mujeres jóvenes. Estamos en Corrientes, en el año de la guerra de las Malvinas. Y Malvinas prefigura la caída de la dictadura en la Argentina, pero también la fase descendiente del stonato, si consideramos que la fase de consolidación de este *régimen político* se dio con la elección que llevó a Strossner a su cuarto mandato (1968-1973); ésta abriría la perspectiva de consolidación del régimen bajo la forma de un gobierno de democracia representativa, ya que todos los partidos políticos habían sido devueltos a la legalidad (Lara Castro 1985; una perspectiva un tanto distinta puede apreciarse en Nickson 2010). Para la adscripción del stonato a la categoría de *régimen político*, Soler (2011). Siguiendo sus detalladas precisiones, no me referiré al stonato como *dictadura*, a la que usualmente se apela.

El stonato debe entenderse como un nuevo tipo de orden político –que provocó un cambio social forzado desde arriba, ejecutado dentro de los márgenes de un orden autoritario– y como construcción de una nueva forma de dominación con características que se mantendrán vigentes a lo largo del tiempo. Activó además un profundo proceso de cambio de las estructuras económicas y políticas. A diferencia de las dictaduras institucionales del Cono Sur, no se presentó como un estado de excepción del orden político con su precariedad constitutiva y con su igualmente constitutiva transitoriedad. De hecho, no se presentó como un gobierno de transición “hacia otro que apela [...] a una legitimidad con origen en el pasado (democracia conculcada) o en el futuro (democracia transformada)” (Soler 2011: 25, n. 18); y además en Paraguay

quienes tomaron el poder no quebraron un orden constitucional previamente existente. Aun cuando tomaron el poder por procesos electorales, más o menos controlados y fraudulentos, pusieron en funcionamiento mecanismos constitucionales, económicos y hasta las propias fuerzas militares para garantizar un nuevo

¹ En el Día de la Memoria (2012) esta frase fue citada por Micaela Lisola, estudiante secundaria sanjuanina y militante de La Cámpora. A la frase le siguió la censura implementada por parte de la directora de la escuela –María Isabel Larrauri– y Micaela recibí 24 amonestaciones.

orden social que asegurara la propia reproducción y clausurara cualquier otra posibilidad de competencia política” (idib.).

Ahora bien, desde la perspectiva que nos otorga una fecha como 1844, podríamos sostener que el arte –la literatura, en este caso– “nos prefigura y nos provee una anticipación de las posibles cosmovisiones y experiencias que los hombres van desplegando a lo largo de la historia” (Bagnato 2012). Quiero decir que desde una fecha como 1844, paradójicamente y provocando a la Li Tiequiao (saxofonista de Shanghai), podríamos hablar –para referirnos al stonato desde la literatura– menos de *deseo del futuro* que de *memoria del futuro*. Paradójicamente, digo, porque si la memoria hace pie en el pasado, y en ese hacer pie le disputa el pasado a la historia, el deseo se vincula con lo proyectivo, menos en término de proyecto que de proyección: quiero decir, que el deseo franelea con el futuro. Hacer *memoria del futuro*, desde el encuentro de Marx y López en Londres; pero aquí de lo que se trata es hacer *memoria* y *memoria del stonato*. Y pretendo hacerlo barajando tres narrativas: la de Marcos, *Insurgencias del recuerdo* (2009) de Bogado y un corto de Paz Encina que se presentó en el BAFICI (Buenos Aires Festival Internacional de Cine Independiente) de 2012: *Viento sur*. Tres narrativas que exaltan a víctimas del stonato como forma de restaurar en el presente una comunidad desgarrada, ayer, por la violencia de Estado.

DISPOSITIVO RECORDAR

¿Por qué, dirán ustedes? La pregunta sería legítima. Porque esas tres narrativas hacen la cuenta con un recuerdo de tipo traumático y porque reelaboran la memoria del stonato desde los mismos sectores: que experimentaron la represión. De hecho, la represión fue un elemento nuclear de un régimen que si bien identificó distintos enemigos, y varió sus métodos, nunca la dejó de lado. Esas narrativas enfocan desde un mismo punto de vista. Tramitan lo que es posible calificar quizá de visión de la insurgencia. Orientan sus relatos desde sectores insurgentes-populares: los “vencidos”. Y si bien esto es cierto, también es cierto y puede postularse una *identificación* entre todos los “hombres”, víctimas, oprimidos por un sistema violento e injusto (esta es una tesis que recorre gran parte de la obra literaria de Frei Betto, que reflexiona sobre la violencia política en Brasil). Esas tres narrativas recuperan y reelaboran la voz de cuerpos que llevan inscripta en el cuerpo la violencia política: que padecieron la tortura, pero lo que es peor: el olvido. Son tres narrativas que ilustran el tipo de actividad desarrollado por los grupos que fueron víctimas del sistema represivo de Stroessner. Y los casos que representan son paradigmas de sistema represivo, ya que ilustran cómo el sistema actuó, violando las normas legales, en diversas circunstancias y ante distintos actores que vieron sus derechos conculcados y lesionados. Narrativas que describen y articulan un dispositivo para recordar. Enfocan personajes que siguen haciendo –tal como en un pasado próximo se hizo en (la) realidad– la “historia de los débiles”. Recuperan y reelaboran la memoria de los que lucharon a muerte contra la muerte y que dan cuenta de un tejido compartido a través de ese dispositivo para recordar que articulan; tejido resumible a través de una serie que podría ser la siguiente (aunque cada cual puede armar la propia): personajes que aluden a y condensan la experiencia de aquellos que sufrieron la orfandad, el olvido, la tortura, el destierro, la calumnia, el infierno, el castigo, la sed, la enfermedad, la ira. Lo tenebroso, en definitiva. Que en la sincronía fueron capaces de soñar con abolir la “estupidez” de un régimen político como el stonato y que imaginaron creativamente un mundo sin tiranos: sin Stroessner. Un mundo que encontramos concentrado en las palabras, escritas desde el calabozo, de la poeta y líder estudiantil más popular de Corrientes: Soledad Montoya Sanabria Gunter, centro nuclear que aciclona *El invierno de Gunter*:

Hasta la geografía mudará de colores: será más verde el árbol, el pájaro más ave, los ríos más dichosos, las colinas más bellas, la mujer más espléndida. Y los hombres, más niños. Nadie recordará cómo era el olvido. Ni habrá tiempo para escupir rencores. [...] No habrá libros que no puedan abrirse. [...] Así juntos iremos hacia nosotros mismos. Embriagados de abrazos, de fragancias, de música. Tranquilos y expandidos en el sol de los otros como una patria íntima y una vasta bandera. La tierra será toda una inmensa mañana sin aduanas, gendarmes ni fronteras: unánime materia fluvial y constelada. Tenaz como la vida, bastión de

la esperanza, esta ansiedad de auroras nos funda y nos congrega. Invencible, libera de ausencias nuestras huellas. Y en la memoria teje despacito el futuro (Marcos 219).

La memoria teje despacito el futuro, si bien está asentada sobre el pasado: *lo sido*. ¿Y por qué es necesario recordar? No recordar a secas, sino recordar el horror. Para evitar el olvido que lo tenebroso provoca porque el olvido es una forma de protección para seguir (sobre)viviendo. De hecho, en ese gran documental-filosófico que es *Shoá* (1985) de Lanzmann, los sobrevivientes de Sobibor –un campo de exterminio de la Alemania nazi creado en 1942– que aparecen entrevistados, ni siquiera su lengua materna recuerdan y para narrar el horror a menudo recurren a una lengua adquirida. Y cuando Lanzmann los apura y su lengua materna los atraviesa de vuelta, reaparece el horror y se quiebran. Allí empieza el cuento. Pero en cuanto al olvido, valga una reflexión fugaz que me permite decirlo con las palabras de Preciado: “En el punto más álgido de su carrera, el arquitecto Adolf Loos quema todos sus dibujos, sus escritos, sus cartas, sus diarios, sus fetiches. Lo quema todo. Construye con ese fuego un archivo de humo, una masa densa de olvido a partir de la cual será posible vivir de nuevo” (103). Es necesario olvidar para seguir (sobre)viviendo. La opcionalidad del *sobre* entre paréntesis que incide sobre el *viviendo* depende de la intensidad nuclear del trauma

SHOCK

La impresión un poco desagradable de que el biógrafo, sin habérselo propuesto, va entrando en el aura del biografiado, asumiendo sus puntos de vista y confundiéndose paulatinamente con su subjetividad.

Saer

¿Por qué se olvida? ¿Por qué el hombre olvida? Olvida por los traumas. Se olvida a sí mismo, a partes de sí mismo, por los traumas. En este sentido, cuando ya no haya trauma, podemos suponer, ya no habrá motivo para recordar el olvido. Memoria, olvido, trauma, entonces, son algunas de los vectores de este trabajo.

El olvido, cuando entremedio está el horror que todo permea hasta los últimos resquicios del ser humano –tal como acontece en los regímenes totalitarios, que pretenden llegar a rozar las articulaciones más profundas de toda sociedad, como por ejemplo, controlar hasta la temperatura, y que no supere los 30 grados centígrados; estoy hablando del stronato, concretamente– está directamente entroncado con traumas de tipo político, social, histórico, económico. Pero, ¿qué es un trauma? Aquí la pregunta tiene que ver menos con lo individual que con lo colectivo. Es básicamente un producto: producto de una crisis o de un estado de *shock*, tal como indica Naomi Klein (2011). Y el trauma acontece cuando la sociedad está conmocionada; pongamos, por un ataque terrorista (o presuntamente tal, como el 11 de setiembre en los EE.UU.), una guerra, un tsunami o un huracán, por una cuestión política –un golpe de Estado, puede ser– o por una cuestión económica –un colapso del mercado o la hiperinflación, ahí tenemos por ejemplo los hechos decembrinos de 2001 en la Argentina. En este sentido, ¿nos podríamos arriesgar a sostener que el stronato no puso a Paraguay en estado de *shock*?

¿Y cómo se implementó el estado de *shock* en los sectores insurgentes-populares? Sectores reelaborados por las tres narrativas que barajo aquí. El estado de *shock* ahí se entronca con la tortura. *Técnicas avanzadas de interrogación o interrogatorios coercitivos*, según los eufemismos de la CIA, y cuyas primeras declinaciones consisten en la privación de los estímulos sensoriales para inducir al “sujeto” a un estado de regresión. Esto con vistas a impedir que su mente pierda el contacto con el mundo exterior. De esta manera se lo fuerza a introvertirse. En este sentido, es todo menos anecdótico que un sector del altillo de la ESMA se llamara “Capucha”. O “Pecera” o “Sótano”: la alusión al agua como aislante o las profundidades subterráneas nos remiten, una vez más, a la privación de los estímulos sensoriales de los “sujetos”. Y dan cuenta de la privación

sensorial libros tan disímiles como complementarios: *Poder y desaparición* (1995) de Pilar Calveiro y *Recuerdos de la muerte* (1984) de Miguel Bonasso. O las fotos de los prisioneros, que vimos en múltiples ocasiones, en el campo de detención de Guantánamo. O las de los prisioneros de guerra iraquíes en la cárcel de Abu Ghraib, en Bagdad. En una de ellas que hizo el giro del mundo se ve a un prisionero encapuchado –casi a la manera de un integrante del Ku Klux Klan–, con dos cables conectados en los dedos de las manos y parado sobre una caja de cartón mientras alguien mojaba el piso con una manguera. El peligro real y objetivo ahí era nulo, ya que los cables no estaban conectados a ningún enchufe, por lo menos aparentemente. Esto dicho desde la mirada de un observador externo. Ahora, cada uno de nosotros podrá imaginar que las percepciones se trocan vertiginosamente desde lo subjetivo; quiero decir, cada cual podrá imaginar más o menos cómo puede experienciarse esa situación desde lo subjetivo. Indudablemente, se trata de un caso de privación sensorial.

Tortura: tácticas de choque, técnicas de regresión que apuntan a destruir el adulto que está en el cuerpo del terrorista, del subversivo, del insurgente, del revolucionario. Apuntan a privarlo de su ser personal, de su más íntima identidad. Tácticas y técnicas: concreciones de la tortura investigada sistemáticamente por Ewen Cameron, un psiquiatra escocés-norteamericano famoso por su participación en el Proyecto MKULTRA de la CIA. Sus teorías “estaban basadas en la idea de que llevar a sus pacientes a un *estado de regresión* crearía la condiciones ideales para el ‘renacimiento’ de ciudadanos impecables” (Klein 77). Regresión, estado de regresión, en este sentido, se vuelve preciso sinónimo de repautación psíquica del cerebro. O a lo *Frankenstein*, ya que –aparentemente– de literatura hablamos: (hacer) *volver a nacer de nuevo*. Las investigaciones de Cameron desde el Departamento de Psiquiatría de la McGill University, impresas por la “editorial” de la CIA, vía la Escuela de las Américas, llegaron al Cono Sur, aunque no exclusivamente. Aquí fueron implementadas por los aparatos represores –en los cuerpos de Scilingo, el Trigre Acosta, Patricio Colmán, cuya figura es reelaborada por Bogado o Gumersindo Larraín, brigadier centroamericano y torturador que llena las páginas de *El invierno de Gunter*– sobre el cuerpo de los humillados, las víctimas. Implementadas para eliminar sin excepción todo lo que existía en las “mentes subversivas”. ¿Con qué fin? Como acto domesticador para que esas “mentes subversivas” regresaran a un estado de “salud natural”. Traduzco: a un estado libre de interferencias humanas que pudieran crear patrones de distorsión. A un estado no contaminado por alguna “ideología peligrosa” –comunista, peronista, febrerista– con vistas a que esos “sujetos” colaboraran, y mansamente, con el verdugo. Colaboraran y traicionaran: “mientras para los varones la traición tiene un signo de conversión ideológica y moral, la traición de las mujeres [o de los homosexuales] se vincula al atributo sexual, sea por ‘entrega’ o sometimiento” (Sonderguer 11).

Uno de los fines de la tortura no es tanto producir dolor en el cuerpo del otro sino eliminar la personalidad del detenido con vistas a que colabore: *quebrarlo*, en la jerga de los sobrevivientes.

La tortura [...] es un conjunto de técnicas diseñado para colocar al prisionero en un estado de profunda desorientación y *shock*, con el fin de obligarle a hacer concesiones contra su voluntad. [...] la forma adecuada para “quebrar las fuentes que se resisten a cooperar” consiste en crear una ruptura violenta entre los prisioneros y su capacidad para explicarse y entender el mundo que les rodea. Primero, se priva de cualquier alimentación de los sentidos (con capuchas, taponos par los oídos, cadenas y aislamiento total), luego el cuerpo es bombardeado con una estimulación arrolladora (luces estroboscópicas, música a toda potencia, palizas y descargas eléctricas). En esta etapa, se “prepara el terreno” y el objetivo es provocar una especie de huracán mental: los prisioneros caen en un *estado de regresión y de terror* tal que no pueden pensar racionalmente ni proteger sus intereses (Klein 39-40).

Y en última instancia la tortura implica una reprogramación (ideológica, política, genérica) de subsectores de la sociedad: insurgentes, militantes, revolucionarios o genéricamente diferentes. Un ejemplo nomás: “Se le hace evidente que no lo interrogan para sacarle información, sino para destruirlo” (Bonasso 337).

Dicho esto, a manera introductoria, es el momento de empezar a mirar más de cerca ese dispositivo para recordar articulado por las tres narrativas en cuestión que, en su centro nuclear, tematizan lo mismo: la privación, la violación y la usurpación de derechos. Y si el centro nuclear que aciclona el dispositivo es *Insurgencias del recuerdo* de Bogado, su *output* es *Viento sur* de Paz Encina y su *input*, *El invierno de Gunter* de Marcos.

INPUT

Más que *El invierno de Gunter* en su totalidad es su personaje principal: Soledad Montoya Sanabria Gunter. Para hacer las presentaciones: Sole es la poeta y líder estudiantil más popular de Corrientes, tuvo una participación activa en una tal movilización estudiantil de junio, hija de un peluquero febrerista que murió, vive con su madre: Amapola; para ayudarla, “hace changas”, con el nombre de Malena, en el prostíbulo del brigadier centroamericano Gumersindo Larraín: allí lo castrense se cruza con lo sexual; no hay ninguna novedad en tal sentido, desde *Recuerdos de la muerte* hasta *Maniobras* de Viñas. Sole es una alta representante de los sectores populares y franelea —en el sentido más estricto de “franelear” y de codearse también— con dos hermanos —Verónica y Alberto—, vástagos de una de las familias más poderosas de Corrientes que ha acumulado sus riquezas a la sombra del Proceso: los Sarriá-Quiroga.

Es acusada de comunista, “tortillera” y de convertirse en yaguareté, esto es, de ejercer ilegalmente el chamanismo “con el objeto de metamorfosearse en jaguar [para no] pagar impuestos” (Marcos 158). Estos son los tres cargos por los que la meten presa en el Departamento Central de Policía —una ciudadela erigida para albergar la opresión—, del cual vuelve bajo forma de cajón cerrado. *Cerrado*, énfasis: Sole es una desaparecida. Pero además es acusada de “maoísta, judía, pirómana, masona, ecologista, rara, liberal y marxista, murranga y drogada, marcha atrás y sin plata, sandinista y etarra, apátrida y poeta” (179). Adjetivos que apilados se metamorfosean en tortura. Que Soledad, en uno de sus poemas, define, si cabe, de forma brillante, como “todos los cumpleaños que empiezo a descumplir” (177). La tortura ha cumplido el objetivo que nos señalaba Klein: provocar una especie de huracán mental para que el prisionero caiga en un *estado de regresión*, en un estado de terror que no le permite ni defenderse ni *pensar racionalmente*. Y efectivamente Soledad no puede pensar en términos racionales; de ahí que escribe poesías de amor para su amor: Verónica Sarriá-Quiroga. Poemas desde el calabozo en forma de papelitos escondidos en su ropa, que busca Amapola en el Departamento Central de Policía, quien se los entrega a la abuela de Verónica: Doña Ernestina. Todo un circuito femenino de varias generaciones para contrabandear la palabra irracional, la palabra poética, la palabra memoriosa, que recupera lo colectivo y que transforma el silencio impuesto por la tortura sobre un cuerpo insurrecto en el alma de todos. Con esos papelitos, el interior de la prisión —con todo lo que eso significa— ingresa al exterior. Una mediación de la tortura roza eso que frágilmente llamamos realidad. Y esa palabra poética se sobrepone a la prisión, a su anormalidad que nos manosea hasta la insensibilidad, la inhumanidad: se sobrepone al oficio y las prácticas del verdugo que insensible, inhumano, activa las técnicas de tortura y las políticas de terror:

Imítame los lagos, el ilusorio eclipse, el poema total, todo lo que no he sido, ni he visto ni tocado ni olido ni escuchado ni lamido, todos los cumpleaños que empiezo a descumplir, que aún me muero y amo todavía. Y me dirás amor, vida mía, mujer para siempre, patria de todos: aún tengo tus labios en los míos, acaba de morirte, y sabré que me amas y que mi muerte es tuya y es de todos, multitudinaria muerte que viene al costado del tiempo, encendido vientre de la nada, loto, umbral, hora en que se apaga el día en el ínfimo corazón de lo humano, en ti estoy como un día estaré bajo la tierra, con los ojos abiertos y el amor en los labios y una misma bandera y una misma memoria alzarán mi voz en sus mástiles llameantes, levantarán mi sombra, recobrarán el cielo que había perdido cuando niña y ya no será silencio mi silencio en el alma de todos (177).

Lo irracional, como el misticismo, tiene que ver con la dinámica de la poesía. Lo irracional guarda con lo racional la misma relación que lo desconocido con lo conocido. ¿Y hay algo más

desconocido que la tortura? A esa forma de desconocimiento Sole le sobrepone una forma del conocer que es el amor. El amor de Sole para Verónica, plasmado en papelitos escondidos que custodian poemas, es una forma de resistencia a lo tenebroso que le otorga a Sole una leve dramaticidad que le permite seguir sobreviviendo.

Y en cuanto a esos papelitos que pasan de mano en mano, femeninas: dos cosas. si la patria soñada por las tinieblas es una *patria* –heterosexual, heteropatriarcal, cuya ecuación fundante es masculinidad, machismo, erección– ese circuito femenino es/representa precisamente una *matría*. *Matría* opuesta y complementaria a la *patria*: que es la patria oficial programada por el stronato, ésa que descansa sobre el horror. Y esa *matría*, esa Matria-Patria no oficial es un espacio otro, una Matria-Patria que está más allá de toda territorialidad, más allá del terruño o de la legitimación de cualquier Estado. Esa Matria es un “lugar interior”, un lugar sin dónde, en el que se crea un *A Room of One's Own* (un “cuarto propio”) y se digita como espacio de la intimidad, de los afectos. Una virtualidad que transita de mano en mano. Papelitos que son/representan una forma de resistencia a ese horror que hasta de las palabras es capaz de privarte –además de la libertad; y la comunicación es una de sus formas íntimas. Y las palabras que se pierden se parecen al amor. La novela postula una ecuación entre una forma de la libertad, que es la posibilidad de la comunicación, y el amor. Y cuando Sole registra la falta de palabras –que además es el dispositivo a través del cual recordamos– la literatura, subversivamente, se alía con la subversiva supuesta y le vuelve a otorgar esa palabra perdida. “Así son estos días en que las horas gimen. Ya no tengo palabras. Solamente sílabas de dolor y silencio” (190). “Ya casi no me quedan memoria ni esperanzas. Estoy anclada en mí, lejos de todo. No me queda ni voz para hablarle a mi sombra, y las palabras ásperas, difíciles, se parecen a ti. Siempre te nombran” (190).

ACICLONA LA LLAMA EN QUE ARDO

Las palabras se parecen al amor cuando ya ni quedan memoria ni esperanzas. Realidad dramática, la del Paraguay argentinizado, si bien sólo en apariencia, y retratado por *El invierno de Gunter*. Realidad poblada de traumas y que integra un ciclo mayor propiamente latinoamericano. Una pródiga constante en la historia del subcontinente. *Ciclo de las barbaridades*: se balancea sin descanso entre puntas tan antagónicas como agónicas: rebeldía y represión. Ciclo que implica migraciones forzadas, ostracismos, exilios interiores y exteriores, desgarramientos, desarraigos, subversiones, torturados y torturadores, ejército, policía y desaparecidos. Ciclo que influye en las modalidades y las características de la producción literaria paraguaya y latinoamericana también: “allí nos tuvieron por seis meses incomunicados. Bajo ningún cargo formal, excepto el de subversivos [...]. ¿Ves estas cicatrices? Y tengo otras que no me atrevo a mostrar a nadie” (Bogado 2009: 11), así Bogado estrena *Insurgencias del recuerdo*. Y sigue: “el militar desprendió la camisa haraposa del rebelde y [...] abrió con su cuchillo el vientre del interrogado. [...] Sáquenle la lengua ya que no la quiere usar. Pero primero vamos a ver los huevos que carga éste que se cree tan macho” (ibid.: 75-76). Estos pasajes se refieren evidentemente al orden político autoritario del stronato. Orden que en el marco de *Insurgencias del recuerdo* se exhibe a través de un microlugar: una pequeña aldea guaireña ubicada bajo el cerro Ybytyrusu, Eugenio A. Garay (Chararâ, según la toponimia autóctona). Lugar que en el marco del libro se construye en sinónimo de barbaridad, centro de operaciones antisubversivas que puede considerarse como una gran metáfora del Paraguay. En cuanto a los escuetos fragmentos citados, algo más: allí evidentemente, se alude, y sin vueltas, a graves violaciones de derechos humanos. Violaciones que la literatura recupera y que tenían un correlato real en la realidad socio-política del momento: violaciones a los DD.HH. por las que ningún país durante el stronato rompió relaciones con Paraguay. Violaciones que –la literatura bogadiana lo enfatiza en varios de sus pasajes– se llevaban a cabo públicamente: de manera visible, inmediatamente, frente a otro que coyunturalmente podía ocupar el espacio público; y también de manera mediata, publicitada a través de la prensa gráfica. El régimen

prefirió inclinarse por los correctivos ejemplares y públicos y optó por la transparencia y visibilidad de los mecanismos represivos [...]. En tal dirección [...] se mostraba o se hacía saber el destino sufrido por los prisioneros, para lo cual bastaba leer algunas publicaciones gráficas oficiales que exhibían como un éxito las fotos de los “guerrilleros” asesinados. Dado que el “temor al castigo puede paralizar a aquellos que contemplan el mal” (Durkheim) y la sanción tiene como función social la restauración del orden, el régimen, con estas acciones, se propuso la tarea reformativa de transformar a los cuerpos sociales enfermos en almas sanas (Soler 90).

El stronato, al cual Bogado se refiere de manera más bien oblicua es recordado y denunciado a través de los nombres del “coronel” Patricio Colmán –“que primero fue sargento de policía asimilado (sin estudios) y luego pasó al ejército donde gracias a su ferocidad sin par llegó a la más alta graduación” (Almada)– y de su mano derecha, el “comisario” Irrazábal, concreciones mayores del aparato represivo. Dos *tipos* que condensan las características de toda una corporación: con su despotismo, la corrupción, el desprecio popular, el afán de esclavizar al otro (el adversario), la negación de toda práctica democrática y un consabido largo etcétera. Militares que durante el stronismo se volvieron “naturales del Paraguay”. Así una porción relevante de la población se acostumbró tanto a ellos y sus desmanes que en las grandes concentraciones tributaba públicos agradecimientos a sus verdugos. Y hasta se autodegradaba haciéndose cómplice de sus asesinos. Gracias a la milicada “la gente ha perdido el natural instinto de la libertad” (Bogado 50). Colmán e Irrazábal, entonces. Entre el 59 y el 60 instalaron en Charará un campamento militar y su PC (Puesto de Comando) para reprimir el Movimiento 14 de Mayo –una guerrilla clandestina surgida en 1958–, que pretendía derrocar al régimen político encabezado por Stroessner. En cuanto al Movimiento 14 de Mayo (M14) –que con otros movimientos guerrilleros de la época pretendía derrocar a Stroessner, pero que también planteaba su lucha en términos de transformación del orden–:

Ingresó al territorio paraguayo el 12 diciembre de 1958 la primera columna de esta guerrilla que sería aniquilada totalmente por las tropas de Gobierno; sus últimos cuadros sucumbirían en 1962. La represión adquiriría rasgos de crueldad inaudita. El líder del 14 de Mayo, Juan José Rotela, fue ejecutado el 30 de junio de 1960 en la estancia Tapyta, donde también fueron asesinadas [...] Juana Peralta, Antonia Perruccino y Julia Solalinde, por orden de [...] Patricio Colman (Soler 78, n. 97).

En aquella época se cometieron abusos en contra de los campesinos y los insurgentes, los disidentes políticos fueron torturados, tirados desde aviones, degollados o entregados a los chanchos. Crímenes en contra de esa gran humanidad, ese *otro* considerado como peligro inminente. Un *otro* amenazante a perseguir de manera paranoica. Aquí, la literatura condensa escenas de violencia extrema, donde se violan, amputan y sacrifican cuerpos; o refracta los mecanismos de humillación del adversario, de animalización del adversario. Las escenas de tortura que se describen o a las que se alude se acercan más al tormento sangriento e inexacto de la Inquisición que a las prácticas modernas y sofisticadas, popularizadas vía la Escuela de las Américas. El extracto que sigue condensa la descripción de unos cuerpos que de tan torturados adquieren *la forma del agua*, que es ninguna y todas en la sincronía, ya que el agua es flexible, se adapta y *desaparece* en el otro. Brutalidad que se desata cada vez que impera la impunidad. A esos cuerpos los bajan de un avión unos militares cuyo odio en contra del adversario tiene el ademán que opera sin anestesia, el ademán de la desmesura –ese que indica la voluntad de convertir a la víctima en animal, en cosa, en nada–, sentimiento que va más allá del *dar la muerte al otro*:

Como si fueran unas cosas líquidas, empezaron a chorrear hacia afuera unos cuerpos cubiertos con hilos de sangre y babas. El aire se puso pestilente. [...] hombres podridos que chorreaban del interior de la avioneta y que, sin embargo, parecían sólo generar en los verdugos [...] un frenético deseo de acabar con ellos; [...] desaparecerlos, evaporarlos hasta dejarlos hechos una nada (88).

Como los demás regimenes latinoamericanos que implementaron el horror, si la tónica del stronato es la violencia sin tintes, el salvajismo a ultranza y si la literatura de Bogado la denuncia, ésta apunta también su artillería en contra de quienes la avalaban con el silencio, la condescendencia y la falta de rebeldía: la población de Charará a la que pone en el foco de su denuncia. Bogado nos la

muestra arrodillada frente a dioses paganos y la perspectiva enfatiza la verticalización de la violencia. De algún modo lo que estoy insinuando es que la población de Chararâ hace suyo el orden propio de la institución militar y en la sincronía sus principios internos de orden y obediencia. El orden stronista proyecta una sociedad asegurada en un plano tanto social como “biológico”. De este modo se hace cómplice del poder político-militar. Se desnaturaliza para convertirse en una sociedad de control, basada en la disciplina, para preservarse de ese *otro* que junto con el poder político-militar considera el peligro inminente: ese *otro* amenazante que debe ser perseguido paranoicamente. En esta articulación que nos proporciona la literatura de Bogado, entonces, qué es posible leer. Que la sociedad de Chararâ (microclima o metáfora al fin de la sociedad paraguaya toda) refleja y reproduce los mecanismos del poder político-militar. Esto es: mirar uno es mirar a la otra. Y al revés. La sociedad de Chararâ, es posible inferir, constituye un microclima formado en la disciplina militar. Una microsociedad que hace visible la complicidad de la sociedad, que hace visible la trama secreta de aquellos que habitan sobre un pueblo, una ciudad, un país sitiados y llenos de cadáveres. La cultura política paraguaya cristalizada por el régimen stronista –y cuyo impacto se mantendrá vigente desde las elecciones del 1 de mayo de 1989 hasta las celebradas el 20 de abril de 2008, hegemonizadas por el Partido Colorado, salvo la última– tiene un esencialismo autoritario: “la cultura política paraguaya es fundamentalmente autoritaria” (Céspedes, Rivarola, Simón 1988), escribían antes de la implosión del régimen estos sociólogos aglutinados alrededor del Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos (CEPES). Aquí, desde otro punto de mira, sería útil preguntarse e investigar los procedimientos jurídicos y los dispositivos políticos que el stronato activó para privar de sus derechos y de sus prerrogativas a los insurgentes, los disidentes políticos, sin que el resto de la sociedad lo considerara como un delito. Y para tratar de entender cómo el resto de la sociedad pudo resultar funcional a los intereses político-militares stronistas. Esto es: cómo pudo funcionar como una suerte de espejo habilitado, como tal, para devolver una imagen paralela y complementaria del “poder desararecedor” (en términos de Calveiro).

Frente a esta realidad dramática parecería que no es posible ninguna forma de evasión ni de escape. Pero estas formas existen: para Sole en *El invierno de Gunter* era la poesía que escribía en el calabozo y que le enviaba a su amante, escondida bajo forma de papelitos inciertos. Algo paralelo pasa en la literatura de Bogado. Al páramo sombrío del régimen la literatura denunciante de Bogado opone con ademán cortés, elegante, un espacio otro. Se trata del paisaje bucólico, silvestre: la naturaleza tupida del Paraguay campesino. Su cromatismo de colores contrapuntea con el escenario de muerte impuesto por el stronato. Entonces aparece el elemento vegetal, una naturaleza humanizada, un árbol que “vanidosamente coqueteaba adornando sus ramas con loros, papagayos y lagartijas de colores” (ibid.: 61). Frente a la absurda negatividad del stronato, este paisaje es relatado y percibido positivamente. Escenario natural y humanizado, lugar de la serenidad, que funciona como *la negación del otro espacio*, dramático, en el que prima el sistema y la inflexión castrense. Este escenario natural es como un espacio de la niñez y de la intimidad. Llega a nosotros por medio de una voz materna –la de una guerrillera muerta a mano de Irrazábal– que le relata una historia a su hijo: José Ignacio.

Luego de la Sole en *El invierno de Gunter*, otra mujer. Esas mujeres nunca han agachado la cabeza delante de nadie, no le han tenido miedo a la tortura ni a la muerte en un país en el que todas las Revoluciones han sido arrancadas de cuajo. Esas mujeres son *Kings* (Preciado 2008).

Y en cuanto a la cuestión genérica:

entre las mujeres políticas víctimas de detención, tortura, desaparición y exilio se encuentran, principalmente, las asociadas al Partido Liberal y al Partido Comunista. Las violaciones a los derechos humanos de las mujeres se iniciaban con la detención arbitraria, la cual propiciaba o iba acompañada de torturas y otros tratos crueles, inhumanos y degradantes. Como característica de este tipo de detención se negaba información sobre el paradero de la víctima, o bien se alegaban excusas como su actividad “comunista” o “subversiva”. Los lugares de detención en Paraguay eran conocidos, no existieron lugares clandestinos [...] y la mayoría de las veces, las personas detenidas eran llevadas al Departamento de

Investigaciones, la Técnica [...], las comisarías o las delegaciones de gobierno, así como destacamentos militares [...]. Las mujeres también sufrieron detención en sus propias comunidades, donde manifestaron haber sufrido condiciones extremas (Bareiro/Zub Centeno, 147-8).

Volviendo al cuento, por medio del personaje de la guerrillera se está rindiendo honor y *dignidad política* a la guerrilla antistronista. Pero sobre todo a todos aquellos que tomaron partido por el mundo: Soledad es una de ellos. La literatura en este caso le otorga a la guerrillera y a la guerrilla y en la sincronía a Soledad un “espacio público” que les permite aparecer y ser. *Seguir siendo*. Homenaje, honor, inmortalidad otorgadas a la persona, a la guerrillera, que como tal es toda la guerrilla; a Soledad, que representa a un colectivo resistente al régimen, menos insurgente que militante; sujetos, ambos, que representan colectivos mayores que se han presentado en el espacio público (Arendt 2003). Ambas son desaparecidas por crímenes de Estado, desaparecidas por el aparato represor, pero como el crimen no tiene nombre, el nombre de cada víctima será restituido y *es* restituido, aquí, literariamente. Marcos y Bogado vuelven a hacer aparecer a los muertos y a los desaparecidos –en su ineludible espectralidad– en el espacio público. ¿Al fin y al cabo qué es un libro sino precisamente eso: un espacio público que ocupa el espacio público? Marcos y Bogado vuelven a hacer aparecer a los muertos y a los desaparecidos en el espacio público y estos vuelven a invadirlo como espectros. Cuando no se sepulta a los propios muertos estos reaparecen como espectros que agitan el recuerdo sombrío. Hacen aparecer el pasado en el presente. Con una transformación estimulante que es un giro virtuoso, aquí, la palabra literaria se vuelve política. *Palabra política* que expresa la gratitud del mundo hacia la persona –la guerrillera, Soledad– que manifestando(se) ha expresado su interés por el mundo y que, arriesgando su vida, adquirió la dignidad de ser “nombrada”, escrita literariamente si se quiere, y transformada en un ser memorable. *Inmortal*, en definitiva, y justamente por eso profundamente ligada al mundo humano². *Recordar*, entonces, según la literatura que reelabora la memoria de estos hechos sombríos, adquiere esta significación: criticar los panteones heredados para hurgar en el barro y la sangre sobre los que esos mismos panteones fueron erigidos. Todo esto nace de la aptitud de la memoria (de la importancia que tiene en la construcción del sentido) y de las consecuentes transformaciones que la literatura logra formular con ella, a partir de ella. Y con esa capacidad de recordar que tenemos los hombres, la literatura aspira a la durabilidad de los hechos que ficcionaliza, que relata, que reelabora o de los que pretende dar cuenta. Estamos frente a textos que fijan en la memoria ya no nombres concretos sino figuras imperecederas (Arendt).

Como contrapunto del régimen político stonista, donde todo es arbitrario, *topos* de la miseria, el despotismo, la falsedad, de la crueldad y la corrupción, en el que sólo impera un ademán compartido –la esclavitud que remite a la pérdida del “natural instinto de la libertad”– surge ese lugar compensatorio que es un modelo de serenidad: la naturaleza tupida del Paraguay campesino. A la perversidad del stonato, máximo ademán de la mayor degradación y miseria humanas –de ambos lados; de uno: el del verdugo; y *del otro: el del humillado*: “Nadie olvida: ni los verdugos ni los humillados. Los verdugos, porque apretar a una persona es una experiencia límite, feroz, infame, miserable. Y nosotros, las víctimas, tampoco olvidamos” (Viñas 2007)–, se opone este lugar que implica también y sobre todo la activación de la palabra materna en el caso de la guerrillera y, en el de Sole, la activación de la palabra poética para expresar el amor como resistencia al horror. Palabra materna, palabra de amor: inflexiones de lo más prístino y despojado de toda degeneración. Palabras que se encargan de ir facilitando la salida, el alejamiento, si bien momentáneo, del universo dictatorial, de la miseria de la tortura que apunta a destruir el adulto que está en el cuerpo del revolucionario, del insurgente, que apunta a privarlo de su ser personal, de su más íntima identidad para restituirlo a un estado libre de interferencias amenazantes, a un estado no contaminado e ideológicamente peligroso.

² Arendt contrapone *eternidad e inmortalidad*. La primera designa un infinito. Esto es: un más allá que los hombres no pueden aprehender y en relación al cual la acción humana carece de sentido. La inmortalidad, en cambio, “a partir de un análisis de *La condición humana*, es reconocida allí donde los hombres no conciben otro mundo que aquel en el que viven” (Lefort 1986: 64).

Apelar a un paisaje natural, campestre, esplendoroso, o apelar a la palabra amorosa sirve para contrastar la visión del orden político stronista. Y en el caso de Bogado, concretamente, de esa manera se transforma una radical oposición dialéctica propia de las letras latinoamericanas, la que opone los conceptos de civilización (la era del orden) y barbarie (la era del hecho); que en su reducción operativa se exhibe en la dicotomía ciudad-campo. Y la altera otorgando al campo y a su elemento natural distintivos enfáticamente positivos.

OUTPUT

Para salir del dispositivo para recordar: *Viento sur*. El corto arranca situándonos en una ambientación popular. Se muestra una naranja, su cáscara, la tierra desnuda, un cuchillo sucio, un par de zapatos gruesos, un balde, el río y una franja de tierra que está más allá. Y esa franja de tierra que está más allá es un símbolo de liberación, un símbolo de libertad, tal como lo es la palabra poética amorosa de Sole o la palabra materna de la guerrillera que nos permite fugarnos del horror y que abre la perspectiva de un escenario natural que es como un espacio de la niñez y de la intimidad. Y a esa franja de tierra quiere cruzar Domingo con su hermano menor, con Justino, porque cruzar el río quiere decir salvarse, si bien ese río exhala “olor a muerto”. *Viento sur* cuenta, y lo hace en guaraní, la historia de dos hermanos, entonces: uno que cruza el río y el otro se queda. Y el viento norte, el viento de agosto, es lo que debería ayudar a cruzar el río, aunque se insinúa que es un viento traicionero. En el breve mundo relatado por el corto, el viento es traicionero, el agua sirve para escapar, pero huele a muerto y a lo lejos se escucha un temporal en el cielo que impacta en la tierra. Elementos: agua, aire, tierra que simbolizan que esa tierra que se cuenta está maldita. Domingo lo dice sin vueltas: “ya no hay suerte que esperar aquí”. Y cuando ya no hay suerte ni quedan memoria ni esperanzas, vale recordar. Se activa el dispositivo que estamos articulando aquí.

Domingo quiere cruzar y quiere convencerlo a Justino porque el peligro que corren es que “Nos van a agarrar y nos van a torturar”. Al que Justino contesta: “Al menos van a saber que estamos muertos”. Aquí, sin sombras de duda, se está aludiendo al tema de la desaparición, a los vuelos de la muerte, esos que tan entroncados están con el río; experimentos desde los que no se vuelve, tal como no volvieron de a miles, tal como no volvió Fermín, a quien aún lo están esperando en su casa, cuenta el corto. Experimentos de doble desaparición.

Justino: “Una cosa es morir en el río, y otra que se te entierre ahí”; “Si me muero, al menos que se me encuentre. Al menos que las mujeres nos puedan llorar”. Y del otro lado además puede estar la “gente de Stroessner”. El corto da cuenta del miedo al stronato desde una aparente (ya que no la confirma a ciencia cierta) insurgencia popular: las caras de Justino y de Domingo no se muestran nunca; y una de las características de la insurgencia popular es la clandestinidad, en encubrimiento de la identidad: y si no, mírenlo al subcomandante Marcos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Da cuenta también de los titubeos acerca del irse, porque irse puede implicar caer preso y caer preso el peligro de la delación por tortura. Pero irse, también, significa la promesa/esperanza de libertad, en cuyo revés de trama se inscribe el abandono de la lucha: *olvidarse* de esa lucha, traicionar la patria, la causa. Y sobre estos peligros, pero máxime acerca del peligro del olvido, sobre la memoria de ese posible olvido gira el corto de Paz Encina.

Sobre todo esto que les estoy contando se sobreimprimen imágenes de niños jugando sobre el río. Y la lectura posible que hay que hacer de las imágenes es ésta: sobre ese pasado que fue el stronato, vuelto presente porque es contado por el corto, se sobreimprime el futuro, simbolizado por los niños, justamente: por José Ignacio, el hijo de la guerrillera de Bogado o por ese niño que Sole y Vero nunca hubieran podido tener. Niños que en la sincronía simbolizan también una tierra libre: a la vera del río o sobre un botecito, ahora, se puede jugar; a la vera de ese mismo río se puede bañar

a un bebé y las mujeres pueden lavar la ropa. Hoy, sobre ese río que antaño servía como vía de fuga del horror, ese río que olía muerto, hoy, sobre ese río, a la vera de ese río: hay vida.

TELÓN: APENAS INSINUADO

La memoria del dolor es subversiva. Crea la incomodidad, desenmascara a los cínicos, mantiene encendida la antorcha de la Justicia. Es el grito permanente detenido en el aire. No el grito de la víctima golpeada, sino de la indignación, de la reafirmación de lo humano, de la negación del terror. Grito que silencia el horror.

Frei Betto

¿De ese dispositivo para recordar sobre el cual reflexionamos en este ensayo qué descende?

En cierto modo, la literatura, el cine, al invocar y al reelaborar la memoria de estos sectores insurgentes-populares hace que su recuerdo se una al de los vivos. Que ese recuerdo se engarce en la vida siempre presente del lector/espectador. Es más: hace que haya reafirmación de lo humano. Así se produce un nexo entre el presente –o quizá la acción de nuestro presente político– y la gran memoria de las luchas antidictatoriales; memoria que de la parte del verdugo se sinonimiza en olvido: “El torturador olvida fácilmente. Embotado por el oficio, es como el verdugo que, insensible, borra de la memoria el número y el semblante de sus víctimas” (Betto 18). Se forja así, y proyectivamente, hacia el futuro también, una identidad que debe, paradójicamente y no tanto, descansar-incansablemente en memoria, verdad y justicia.

Entonces, nuestro dispositivo rechaza todo acto de olvido o de amnesia como reacción ante uno de los traumas nacionales paraguayos, y nos propone una codificación de la memoria y su supervivencia cotidiana bajo el perfil de un relato literario o cinematográfico que se espera impacte en la recreación de la sociedad, dado que si la paz del tiempo presente se apoyara en el olvido y la violencia, sería una paz (ficticia), herencia del stronato. Por esto, para evitar esa herencia, la paz del tiempo presente debe apoyarse –una vez más– en la memoria, la verdad, la justicia. Sobre las que siempre se refracta el peligro tenebroso no sólo del olvido, sino también la sombra, igualmente tenebrosa, de la censura y las 24 amonestaciones por haber tenido la osadía de pronunciar el potente “Sin memoria no hay identidad, sin identidad no hay patria y sin patria, hay colonia”. Nada menos que un Día de la Memoria frente a quien otrora tomó asiento al lado de Videla y Menéndez.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMADA, Martín (2012), *Paraguay, Educación y Dependencia*, cap. III, mimeo.
- ARENDT, Hannah (2003), *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- BAGNATO, Laura (2012), “Los aullidos de Calibán. Poesía y literatura: instrumentos que gestan acciones de resistencia y descolonización”, mimeo.
- BAREIRO, Line / ZUB CENTENO, Marcella, “Violencia de género en la dictadura. Las mujeres en el Informe de la Comisión de Verdad y Justicia del Paraguay”. En: Sonderéguer, María (comp.).
- BETTO, Frei (2009), *Diario de Fernando. Nos cárceres de ditadura militar brasileira*. Rio de Janeiro: Rocco.
- BOGADO BORDÓN, Catalo (2009), *Insurgencias del recuerdo*. Buenos Aires: Ediciones El 8vo. Loco.
- BONASSO, Miguel (2010), *Recuerdos de la muerte. Edición definitiva*. Buenos Aires: Planeta.
- CALVEIRO, Pilar (2004), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- CÉSPEDES, Roberto, RIVAROLA, Domingo, SIMÓN, José Luis (1988), *Revistas Paraguaya de Sociología* (Asunción del Paraguay), no. 78.

- KLEIN, Naomi (2011), *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires. Editorial Paidós.
- LARA CASTRO, Jorge (1985), “Paraguay: luchas sociales y nacimiento del movimiento campesino”. En: Pablo González Casanova (coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, vol. 3, Siglo XXI, México, pp. 208-253.
- LEFORT, Claude (1986), “Mort de l’immortalité?”. En: *Essais sur le politique: XIXe-XXe siècles*. París: Seuil.
- MARCOS, Juan Manuel (1987), *El invierno de Gunter*. Asunción: El Lector.
- NICKSON, Andrew (2010), “El régimen de Stroessner (1954-1989)”. En: Ignacio Telesca (comp.), *Historia del Paraguay*, Asunción, Taurus, pp. 194-265.
- PRECIADO, Beatriz (2008), *Testo yonqui*. Madrid: Espasa.
- SOLER, Lorena (2011), *Modernización, cambio social y ciencias sociales. Los oficios del sociólogo en tiempos del régimen stronista en Paraguay (1954-1989)*. Tesis doctoral en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- SONDERÉGUER, María (2012, comp.), *Género y poder. Violencias de género en contextos de represión política y conflictos armados*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- VIÑAS, David (2006), *Maniobras*. En: *Teatro completo*. Buenos Aires: Losada
- (2007) , “David Viñas ante el vértigo del tiempo”, entrevista realizada por Yimel Díaz Malmierca. En: *Cultura* (La Habana), <<http://edicionesanteriores.trabajadores.cu/2007/febrero/12/cultura/00cultura.htm>>.

FILMOGRAFÍA

- Shoá* (Claude Lanzmann, Francia, 1985).
- Viento sur* (Paz Encina, Paraguay, 2012).